



Domingo
16. Mayo. 2021

"LA BENDICIÓN EN ASCENSION DE CRISTO"

IGLESIA DEL TERCER DÍA A.R

Eduardo Padilla Uranga, D.D., Th.D.
Apóstol de la Iglesia del Tercer Día, A.R.

La bendición en ascensión de Cristo

Tomemos como versículo clave:

Efesios 4:7-12 (DHH)

«Pero cada uno de nosotros ha recibido los dones que Cristo le ha querido dar.

8 Por eso, la Escritura dice: «Subió al Cielo llevando consigo a los cautivos, y dio dones a los hombres».

9 ¿Y qué quiere decir eso de que “subió”? Pues quiere decir que primero bajó a esta tierra.

10 Y el que bajó es el mismo que también subió a lo más alto del cielo, para llenarlo todo.

11 Y Él mismo concedió a unos ser apóstoles y a otros profetas, a otros anunciar el evangelio ya otros ser pastores y maestros.

12 Así preparó a los del pueblo santo para un trabajo de servicio, para la edificación del cuerpo de Cristo».

Primero, meditemos sobre la ascensión con el propósito de obtener consuelo, edificación y aprovechamiento del alma.

El hecho de recordar que quien descendió a las partes más bajas de la tierra, es decir, al infierno mismo, “subió por encima de todos los cielos”, debería proporcionarnos un supremo gozo.

El hecho importante aquí es que, antes de ascender a lo más alto, tuvo que descender a lo más bajo.

Acompañenme a Filipenses 2:6-11 (APA)

La humillación y la exaltación de Cristo

«5 Que cada uno piense de sí mismo como Cristo pensó de Él mismo. Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús. Él nos dio un gran ejemplo en cuanto a esto.

6 Pues, aunque existía con el mismo ser de Dios, y tenía Su mismo estatus, no se aferró a Su igualdad con Él, porque no pensaba tanto en sí mismo para aferrarse a las ventajas de ese estado sin importar qué.

7 De ningún modo. Cuando llegó el momento, dejó de lado los privilegios de la deidad y asumió el estatus de esclavo, ¡se convirtió en humano! Renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo. Haciéndose como todos los hombres y presentándose como un hombre cualquiera. Y habiéndose hecho humano, se mantuvo humano, hasta su muerte y resurrección.

8 Fue un proceso increíblemente humillante. Él se humilló a sí mismo, nadie lo humilló, Él lo hizo por sí mismo, no reclamó privilegios especiales. En cambio, vivió una vida desinteresada, haciéndose obediente hasta la muerte, y el peor tipo de muerte, una crucifixión, clavado en un madero, como mueren los criminales.

9 Debido a esa obediencia, Dios lo levantó en alto y le dio el más alto honor y el más excelente de todos los Nombres,

10 Para que, ante ese Nombre concedido a Jesús, todos los seres creados arriba en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, doblen sus rodillas y se postren en adoración ante este Jesucristo, incluso aquellos muertos y enterrados hace mucho tiempo.

11 Y así, toda lengua confiese y reconozca que Jesucristo es Señor de todos, para gloria de Dios el Padre».

El descenso a la tierra involucró mucha humillación para nuestro Señor, aunque fue un tema de gozo para los ángeles y para los hombres, también involucró mucho dolor, especialmente cuando después de haber recibido un cuerpo que de acuerdo al salmista fue “entretejido en lo más profundo de la tierra”.

Salmo 139:15-16 (APA)

«15 No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Conoces cada hueso de mi cuerpo; sabes exactamente como fui hecho, poco a poco, como fui esculpido de la nada hasta lo que Soy.

16 Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas. Y así como un libro abierto, me viste crecer desde la concepción hasta el nacimiento; todas las etapas de mi vida se extendieron ante ti, sin faltar una de ellas. Los días de mi vida estaban todos preparados incluso antes de que hubiera vivido un día».

Su descenso a la tierra, aunque para nosotros es una fuente de abundante gozo, estuvo lleno de dolor, de vergüenza y de humillación para Él, incluso descendió a las entrañas de la tierra y durmió como un prisionero en la tumba. Entonces, nuestro gozo debería ser proporcional, para que la vergüenza sea sorbida en gloria, el dolor sea disuelto en bienaventuranzas, y la muerte se torne en inmortalidad.

Si los pastores cantaron con motivo de Su descenso, todos los hombres deberían cantar en Su ascenso.

Bien merece el guerrero recibir la gloria después de la Victoria, pues la ha ganado después de una fuerte lucha. Nuestro amor por Él y por la justicia nos impulsa a regocijarnos en Su Victoria.

Todo lo que alegra al Señor Jesús debe también alegrar también a Su pueblo. Nuestra simpatía con Él es sumamente intensa; valoramos Su afrenta por encima de todas las riquezas, y Su honor es igualmente valioso para nosotros. Como hemos muerto con Él, y fuimos enterrados con Él en el bautismo, y, por medio de la fe, hemos resucitado con Él por la operación de Dios que le levantó de los muertos, así también nos ha hecho sentar en los lugares celestiales y hemos obtenido una herencia.

Romanos 6:3-14 (APA)

«3 ¿No saben ustedes que, en el bautismo, quedamos unidos a Cristo Jesús, y así también quedamos unidos a su muerte?

4 Porque en el bautismo fuimos sepultados juntamente con Él, muriendo al pecado, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros, después de haber salido de las aguas del bautismo, resucitemos para tener una vida nueva junto con Él.

5 Porque si nos hemos unido con Jesucristo para morir como Él, también estamos unidos para resucitar e incorporarnos con Él. Así que, si somos uno con Él, pasamos a formar parte de Él en todo.

6 De igual manera, nuestros viejos deseos pecaminosos fueron clavados en la cruz junto con Él; porque sabemos

que nuestra antigua naturaleza fue crucificada con Cristo, para que nuestro cuerpo pecador ya no esté bajo el dominio del pecado, ni tenga que someterse otra vez a su esclavitud.

7 Porque el que ha muerto por el bautismo, queda libre del dominio del pecado.

8 De modo que si creemos que hemos muerto con Cristo, creamos que también viviremos con Él, y que no recaeremos más en el pecado, que es la muerte de nuestra alma.

9 Sabemos que Cristo, habiendo resucitado venció a la muerte, y no volverá a morir. Pues la muerte nunca más ejercerá poder alguno sobre Él .

10 Pues la muerte de Cristo se produjo para destruir el pecado, y bastó que muriese una sola vez, para nunca más morir; pues destruido el pecado la muerte ya no tiene autoridad, lo cual haría inútil otra muerte. Mas por cuanto resucitó, vive eternamente como Dios, y goza de una vida gloriosa e inmortal, así como Dios el Padre es inmortal y glorioso.

11 De la misma manera, ustedes considérense muertos respecto al pecado, pero vivos eternamente para Dios, en unión con Cristo Jesús nuestro Señor.

12 Por lo tanto, no permitan ustedes que el pecado siga dominando su cuerpo mortal, y que los siga obligando a obedecer los deseos desordenados de su carne.

13 No ofrezcan ninguna parte de ustedes mismos para pecar, como si fuera un instrumento útil para la maldad; sino más bien ofrézcanse por completo a Dios, como aquellos que han sido traídos de la muerte a la vida, y ofrézcanle cada parte de ustedes mismos para que Él los use como instrumentos de justicia, aptos para Sus buenos propósitos.

14 Así aprenderán que el pecado ya no tiene poder sobre ustedes, pues ya no están sujetos a la ley del pecado y de la muerte, sino a la bondad y a la gracia de Dios que nos ha dado la libertad como hijos; libertad que aquella ley nunca pudo darnos».

Si los ángeles entonaron sus más dulces cánticos cuando el Cristo de Dios retornó a Su asiento real, con mucha mayor razón deberíamos hacerlo nosotros. Esos seres celestiales sólo tenían una ligera participación en los triunfos de aquel día, comparada con la nuestra, pues fue un hombre el que llevó cautiva la cautividad, fue uno nacido de mujer el que regresó victorioso de Borsá.

Isaías 63:1 (APA)

«1 ¿Quién es éste que viene de Borsá, capital de Edom, que viene vestido espléndidamente? ¿Quién es éste del manto Real de color rojo carmesí? ¿Quién es éste que marcha con la grandeza de Su Fuerza? ¡Soy Yo, el Señor que te anuncio salvación, que te anuncio la victoria, Soy Yo, el Señor, Poderoso para salvar!»

Muy bien podemos unirnos al salmista en el Salmo 168, al cual se refiere nuestro texto:

«18 Ascende a lo alto, llevando muchos cautivos en su séquito. Y recibe obsequios y tributo de los hombres, y hasta los que una vez fueron rebeldes se rindieron ante Él. Dios habitará aquí entre nosotros para siempre.

19 Alabemos al Señor, a Dios nuestro Salvador, quien diariamente lleva nuestras cargas, que día tras día nos lleva consigo, y nos da también Su salvación».

Se refiere, por supuesto a Cristo, Hombre hecho de hueso como nuestros huesos y entretejido de carne como nuestra carne. Fue el segundo Adán quien se remontó a Su gloria, después de haber salvado al primer Adán y a su descendencia. Motivo suficiente hay para regocijarnos. Regocíjense, hermanos míos, como quienes aclaman la victoria y reparten despojos con los fuertes. Porque:

Herida fue la cabeza de la serpiente, pisoteada como las uvas en el lagar.

El infierno ha sido vencido, los cautivos han sido libertados, ¡muerta está la muerte!

Y en Cristo que ha ascendido a lo alto de los Cielos... Cautiva es la cautividad. Protegidos están los indefensos, liberados están los prisioneros, los cautivos ahora están cautivados por Su esplendor.

Concluida está toda Su obra y Su guerra terminó, el pecado fue vencido y Él a Su Cielo ascendió.

Y junto al Trono de Su Padre, ahora es nuestro intercesor:

¡Canten, oh cielos! ¡Regocíjate, oh tierra! Alaben con pandero y danza, únanse los ángeles ala voz de la humanidad. Celebremos juntos que nuestro Señor ascendió a lo más alto de los cielos.”

Reflexionemos ahora, que desde que nuestro Señor partió, este mundo ha perdido todos los encantos para nosotros. Si Él estuviera en el mundo, no habría ningún lugar en el Universo que nos retuviera con lazos más firmes; pero como ascendió a lo más alto, nos atrae hacia allá y nos desprende también de la tierra.

La flor ha desaparecido del jardín, si, pero es porque el Primer fruto maduro ha sido recogido. La primicia de la tierra es una ofrenda de olor fragante a Dios.

La corona de la tierra perdió su más refulgente joya, si, pero no se pretende coronar a la tierra sino al Cielo. El Lucero de la mañana se ausentó por un momento, el rocío de la mañana se disipó y el sol se eclipsó al mediodía, pero debemos entender el hecho deque “Jesús, nuestro todo, se haya ido al cielo,” pues, ya que Él se ha ido, los corazones de Su pueblo ascendieron juntamente con Él.

De aquí brota la gran verdad que establece que «Nuestra ciudadaníaestá en los cielos, dedonde también esperamos alSalvador, alSeñorJesucristo».

Filipenses 3:20 (RV60)

Hermanos, por cuanto Cristo se ha ido a la tierra de gloria, nuestra vida está escondida con Él en Dios, y la vida de nosotros se encuentra allá, donde Él está.

«Si, pues, han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado ala diestra de Dios. Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra».

Colosenses 3:1

Nuestro Señor ha entrado en los palacios de mármol, y mora en medio de Sus hermanos; ¿no oímos que nos llama para que tengamos comunión con Él? ¿No oyen Su voz: “Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven”?

Aunque nuestros cuerpos se demoren todavía un poco aquí, nuestros espíritus han de caminar incluso ahora por las calles de oro, y contemplar al Rey en Su hermosura.

Efesios 2:1-10 (APA)

«1 No hace mucho tiempo que estaban sumidos en esa vieja vida de pecado estancada. Dejaban que el mundo, que no sabe lo fundamental sobre la vida, les dijera cómo vivir. Y haciendo así, estaban muertos a causa delas maldades y pecados, estaban bajo la maldición de Dios, condenadose etrnamente.

2 Así vivíamos, pues seguíamos los criterios de este mundo y hacíamos la voluntad de aquel espíritu que domina en el aire y que anima a los que desobedecen a Dios. Todos lo hicimos, todos hicimos lo que teníamos ganas de hacer, cuando teníamos ganas de hacerlo.

3 Es una maravilla que Dios no haya perdido los estribos y nos haya eliminado a todos. Porque así vivíamos todos nosotros en otro tiempo, siguiendo nuestros malos deseos y cumpliendo los caprichos de nuestra naturaleza pecadora y de nuestros pensamientos. A causa de eso, merecíamos con toda razón el terrible castigo de Dios, igual que todos los demás.

4 En cambio, como es inmenso en misericordia, con un amor increíble e inimaginable, nos abrazó.

5 Tomó nuestras vidas ahora ya sin pecado y nos dio vida juntamente con Cristo. ¡Hizo todo esto por su cuenta, sin nuestra ayuda! No cabe duda alguna que, por la bondad de Dios hemos recibido la salvación. Bien podemos gritar... ¡Por Su gracia somos salvos!

6 Luego en unión con Cristo Jesús nos resucitó, y nos hizo sentar en compañía de Él, en lo más alto del cielo. ¡Que milagro tan maravilloso! Pasamos de la tumba a Su gloria, del infierno al cielo, de lo más profundo a lo más alto.

7 Ahora Dios puede, en cualquier época, poner como ejemplo de Su gracia infinita la obra que en Su bondad realizó en nosotros a través de Jesucristo. De modo que ahora somos el ejemplo de Su bondad y de Su generosidad.

8 Pues por la bondad de Dios hemos recibido la salvación por medio de la fe. Y esta no es de ustedes, ni es esto algo que nosotros mismos hayamos conseguido, sino que es un regalo de Dios, que nos entrego por mano de Su propio Hijo.

9 Todo lo que debemos hacer, es confiar en Él, lo suficiente como para dejarlo hacer, todas las cosas, a Su manera. ¡Es un regalo de Dios de principio a fin! No jugamos el papel principal. ¡Si lo hiciéramos, probablemente alardearíamos de haber hecho algo! No, ni nos hacemos ni nos salvamos. Dios hace tanto el plan como la consumación de la salvación. Definitivamente, no es el resultado de nuestras propias acciones, de modo que nadie puede gloriarse de nada;

10 Pues es Dios quien nos ha hecho; Él nos ha creado en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, siguiendo el camino que Él nos había preparado de antemano, un camino donde Él nos dejó Sus huellas para seguirlas».

Un día tuve la oportunidad de viajar a Etiopía y cuando entré en la embajada mexicana, en un momento dado estaba en dos lugares al mismo tiempo, estaba en Etiopía y en México al mismo tiempo. Fue entonces cuando comprendí Efesios 2, puedo estar sentado juntamente con Cristo, cuando estoy sentado aquí y ahora en la Iglesia, pues este lugar es una extensión del Cielo, es la embajada del Cielo en la tierra.

¿No dice la oración fundamental que enseñó nuestro Señor Jesús... “venga a nosotros tu Reino? Pues Su Reino se ha establecido, aquí y ahora.

Confiemos en que ésta promesa de nuestro Señor también se cumple: Mi paz les dejo, mi paz les doy, Yo no la doy como el mundo la da.

Oh fieles hermanos y hermanas, comiencen hoy la ocupación de los bienaventurados, y alaben a Dios incluso mientras permanezcan todavía aquí abajo, y denle la honra. “Nuestra ciudadanía está en los cielos.” Porque nuestro Señor y Salvador nos la dio.

Oh cuanto anhelo, que ustedes y yo sepamos y conozcamos a plenitud lo que eso significa. Que asumamos nuestros derechos de ciudadanos celestiales, que ejercitemos nuestros privilegios, derechos, obligaciones y ocupaciones como ciudadanos celestiales que ahora somos, que vivamos como quienes están vivos de entre los muertos, como aquellos que han sido resucitados juntamente con Cristo y que han sido hechos partícipes de Su vida de resurrección.

Puesto que el cabeza de familia está en la gloria, percibamos por cuán cerca estamos de Él, y con anticipación vivamos de Sus gozos y en Su Poder. Así la ascensión de nuestro Señor nos recordará el cielo, y nos enseñará la santidad que es nuestra preparación para ir allá.

Nuestro Señor Jesucristo no está ya con nosotros. Regresamos otra vez a ese pensamiento. No podemos hablarle al oído ni oír que Su voz nos responda con esos amados acentos con los que le habló a Tomás y a Felipe.

Él no se sienta más en festines de amor con unos amigos amados, tales como María y Marta y Lázaro.

Él ha partido fuera de este mundo y ha ido al Padre, y ¿qué pasa entonces? Pues bien, Él nos ha enseñado con esto, de manera muy clara, que a partir de ese momento hemos de andar por fe y no por vista.

La presencia de Jesucristo en la tierra habría sido, en gran medida, un embargo perpetuo para la vida de fe. Todos nosotros habríamos deseado ver al Redentor, pero dado que, como hombre, Él no hubiera podido ser omnipresente, sino que sólo habría podido estar en un solo lugar en un momento dado, la ocupación de nuestra vida habría sido la de buscar los medios para realizar un viaje al lugar donde Él pudiera ser visto; o si Él mismo condescendiese a viajar a través de todas las tierras, nos habríamos abierto paso a la fuerza a través de la muchedumbre para darle un festín a nuestros ojos viéndolo a Él, y nos habríamos envidiado los unos a los otros cuando le llegara el turno a cada quien para hablar familiarmente con Él.

Gracias a Dios no tenemos ningún motivo de clamoreo o de contienda o de lucha en relación a la mera visión de Jesús según la carne; pues aunque fue visto una vez corporalmente por Sus discípulos, ahora, según la carne, no lo conocemos más. Jesús no es visto más por ojos humanos; y eso está bien, pues la visión de la fe es salvadora, instructiva y transformadora, y la mera visión natural no lo es. Si Él hubiese estado aquí habríamos considerado mucho más las cosas que son visibles, pero ahora nuestros corazones están ocupados con las cosas que no se ven pero que son eternas.

En este día no tenemos ningún sacerdote que pueda ser contemplado por los ojos, ni altar material, ni templo hecho con manos, ni ritos solemnes para satisfacer los sentidos. Hemos acabado con lo externo y nos regocijamos con lo interno. No adoramos al Padre en este monte ni en aquel otro, sino que adoramos a Dios, que es Espíritu, en espíritu y en verdad. Nosotros nos sostenemos ahora como viéndolo a Él que es invisible; a quien, no habiéndolo visto, amamos; en quien, aunque ahora no lo vemos, sin embargo, creyendo, nos regocijamos con gozo indecible y lleno de gloria.

De la misma manera que caminamos hacia nuestro Señor, así también caminamos hacia todo lo que Él nos revela; caminamos por fe, no por vista. Israel, en el desierto, instruido por tipos y sombras, siempre fue propenso a la idolatría; entre más esté presente lo visible en nuestra religión, más dificultad habrá para alcanzar lo espiritual. Incluso se podría prescindir del bautismo y de la Cena del Señor, si no hubieran sido ordenados por el propio Señor, puesto que la carne los convierte en una trampa, y la superstición injerta en ellos la regeneración del bautismo y la eficacia sacramental.

La presencia de nuestro Señor se habría podido convertir en una dificultad para la fe, aunque hubiera un placer para los sentidos. Su partida abre un campo claro para la fe; nos impulsa necesariamente a una vida espiritual, puesto que Aquel que es la cabeza, el alma, el centro de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor, ya no está más dentro del rango del alcance de nuestros órganos corporales.

La fe que necesita poner su dedo en el lugar de los clavos es una fe pobre; pero bienaventurado el que novio y creyó. Depositamos nuestra confianza en un Salvador que no es visible, y derivamos nuestro gozo de un Salvador que no es visible. Nuestra fe esa hora la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

Aprendamos bien esta lección, y que nunca senos tenga que decir: “¿Tan necios son? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora van a acabar por la carne?” No intentemos nunca vivir por el sentimiento y la evidencia. Desterremos de nuestra alma todos los sueños de encontrar la perfección en la carne, e igualmente descartemos todos los antojos insaciables de señales y prodigios. Demos a nuestro Señor y Salvador, a nuestro Dios y Rey, estando aquí y ahora, estando donde sea que estemos, nuestro agradecimiento y reconocimiento, porque Suya es la gloria hoy, mañana y siempre. Amén y amen.

Eduardo Padilla Uranga, D.D., Th.D.
Apóstol de la Iglesia del Tercer Día, A.R.

Anuncios

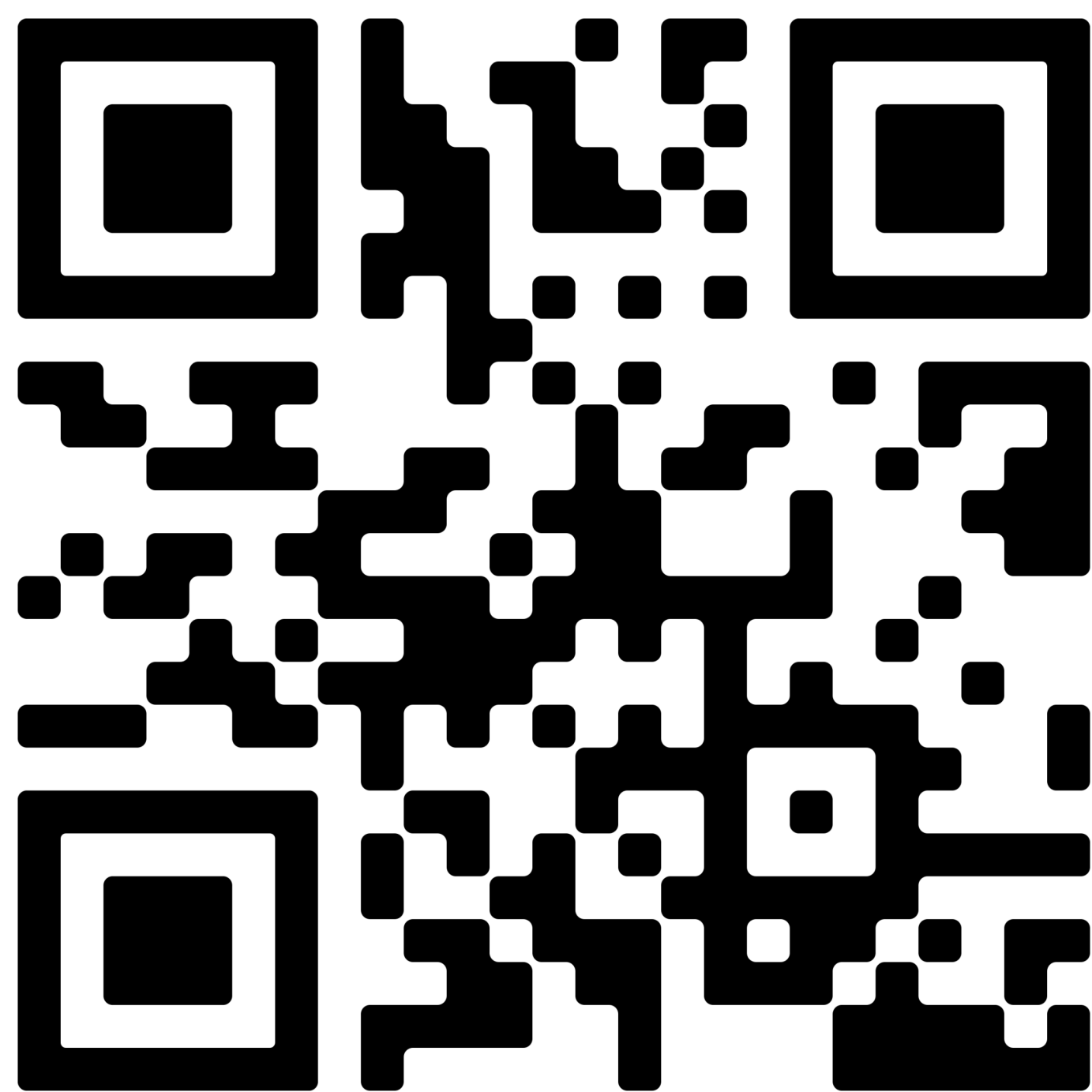
Sábado 22 de Mayo
18 hrs



REGÍSTRATE EN EL SIGUIENTE LINK

<https://www.eventbrite.es/e/entradas-concierto-i3d-153039500265>

**ESCANEANDO
EL CODIGO QR**



Horarios

Reunión General: Domingo 11:00 hrs

Jueves de Oración 19 hrs

Reunión de Jóvenes: Sabado 14:30



@i3dcampustlalpan



Iglesia del Tercer Día
Campus Tlalpan



I3D Tlalpan Transmisión

www.iglesiadeltercerdia.org